



EL NOMBRE DE MI PRIMER AMOR

Roberto Lumbreras

Es extraño e injusto, ya lo sé,
que en mi vida haya nombres de mujer
del todo irreprochables
en dulzura y bondad (siendo mis ángeles),
en belleza (esto dicho por mi musas),
en lealtad (la de mis compañeras),
y sin embargo, no es ninguno de sus nombres
el nombre de mi vida;
sino que aquel gran nombre es
el nombre de un niña...

Un nombre por pudor siempre ocultado,
que no conté ni a mi mejor amigo,
que no pudo arrancarme ni mi psicoanalista.
Un nombre que aún me causa
conmoción y aturdimiento,
que detiene mi tiempo,

que provoca oleajes y turbulencias íntimos
en la región donde se me une el alma con el cuerpo.
Un simple nombre diminuto,
cuyo apellido ni siquiera ya recuerdo,
y que responde a un rostro
también desdibujado por el tiempo:
el rostro de una niña.
¡Es sólo el nombre de una niña!,
pero este nombre
es el más dulce vocativo,
un nombre mágico que evoca si lo invoco
un placer inefable
de ansiedad y rubor primaverales,
de vértigos y ahogos, que estallan en mi estómago.
El nombre inaugural,
que repetí con obsesión mil veces
en mi primer insomnio.
Ese nombre,
que en días de nostalgia e inventario
se manifiesta en forma queda pero ineludible,
como los golpes de una claraboya,
que olvidase cerrar en la buhardilla de mi alma.

Lo cierto es que todo hombre,
aún el más vacío y promiscuo,
tiene en su historia
un sólo nombre de mujer grabado a fuego,
y que los otros nombres son,
sencillamente,
algunos otros nombres de mujer
puestos por la Naturaleza
para la subsistencia de la especie,
con toda mezquindad y todo el cálculo,

sin ninguna poesía,
sin magia ni albedrío,
nombres de conveniencia todos.

Dicen que en el momento de morir
vemos pasar, en éxtasis, los hitos vivenciales,
las caras y los nombres
de los que fueron algo en nuestra biografía.

Y aquí, al menos yo, declaro:

Cuando llegue la hora de mi examen,
no temeré la muerte
si me veo otra vez, niño, junto a ella
en el patio de casa o del colegio.

No temeré

si oigo su voz en cándidas canciones
y huelo la pureza de su pelo.

No temeré

si su mirada limpia me amanece,
si siento sus manitas como un beso,
si mis labios comulgan su sonrisa.

No temeré

si en la ceguera clara puedo otra vez leer
su blanco nombre escrito en tiza blanca.

© Roberto Lumbreras, 2018

Fotografía "Sign" CC0 Pixabay